

TEMA 10: TODOS SACERDOTES EN CRISTO
TEXTO: CARTA A LOS HEBREOS

INTRODUCCIÓN

Actualidad del escrito a los Hebreos

Una respuesta a nuestro mundo actual

La tradicionalmente llamada «Carta a los Hebreos» necesita ser revaluada. Hay que sacarla de la marginación en que se encuentra, para darle su verdadero lugar en la vida cristiana de hoy. Muchas de nuestras comunidades cristianas están siendo perseguidas, por la práctica de la justicia evangélica. Sin embargo, también en muchas de nuestras comunidades hay cansancio en el seguimiento de Jesús, sobre todo frente a sus exigencias de justicia en la convivencia diaria. La mayoría de los cristianos no logran ser atendidos, dada la insuficiencia de pastores; y mientras unos quedan amargados, otros confirman su indiferencia y otros emigran a otras experiencias religiosas. Es urgente redescubrir el sacerdocio de Cristo -el sacerdocio de todos los bautizados, hombres y mujeres- para que afiancemos nuestra fe y reconfirmemos la del pueblo. Éste se encuentra en gran soledad, dependiendo principalmente del sacerdocio cultural. La mayoría de los cristianos no es consciente de su propio sacerdocio bautismal y por lo mismo no vive las implicaciones del mismo que, al participar del sacerdocio de Cristo, no es solamente culto. El escrito a los Hebreos puede abrirle al cristianismo contemporáneo horizontes insospechados, si se decide a tomar en serio y a trasladar a la pastoral o a la eclesiología los contenidos teológicos de esta genial y desconocida obra.

Aunque Pablo no sea su autor...

Los estudios críticos del Nuevo Testamento han llegado a la conclusión de que este escrito no es paulino. Quizás esto ha contribuido a que el escrito a los Hebreos haya sido marginado, ya que el interés mayor en estos últimos años se ha concentrado en Pablo y sus escritos genuinos. Ya conocemos el truco literario llamado *pseudonimia*, por el cual un escrito se oculta bajo el nombre falso (*pseudós*) de alguien que no era su autor. Muchas veces sucede que cuando se descubre que el autor famoso (en nuestro caso Pablo) no es el autor de determinado escrito, éste pierde popularidad. Lo cierto es que, aunque el escrito a los Hebreos no sea de Pablo, es de un discípulo suyo, miembro de una iglesia perseguida, quizás un judeocristiano que, a lo largo de su escrito, demuestra conocer el judaísmo y da cátedra del mismo. Los dones de Dios nunca tienen un solo canal, aunque éste lleve el sello de algún gran escritor. Llegar a descubrir nuevos canales de comunicación de parte de Dios, es señal de su riqueza. En el Nuevo Testamento no fueron siempre personas del colegio apostólico las que comunicaron la verdad. Dios escogió también a gente humilde que quedó en el anonimato. Pero no por eso su doctrina deja de ser importante y hasta trascendental, como es el caso del escrito a los Hebreos.

La revolución del escrito a los Hebreos.

Este escrito tiene un inmenso valor teológico para el cristianismo, valor ciertamente revolucionario. Al tratar el tema escogido (en qué forma la persona de Jesucristo nos comunica con Dios), tiene la inmensa y bella osadía de distinguir entre lo accidental y lo esencial. Y al hacerlo, relativiza las formas tradicionales rituales más sagradas del judaísmo, para quedarse sólo con algo esencial: *la capacidad de entrega que se tenga por los demás*. Este planteamiento, aparentemente sencillo, explicaba por qué el cristianismo primitivo se sacudió el ritualismo judío, para entrar en una era de mayor interiorización y de más compromiso con el hermano. No nos debe extrañar escuchar planteamientos revolucionarios como éstos: con Cristo nace en el mundo un nuevo sacerdocio no ritual (10,4-10); la condición de este sacerdocio es la capacidad de sufrimiento (9,12); el acceso a este tipo de sacerdocio es la propia entrega (9,14); el sitio de ordenación es el lugar del ajusticiamiento (13,11-13); el efecto de este sacerdocio no es sólo perdonar el pecado, sino destruirlo (9,26; 10,18); todo cristiano tiene acceso a este tipo de sacerdocio por la fe, que no tiene límite ni de sexo ni de clase social, porque a él se accede por la fe (10,19-11,40)... Sólo el hecho de probarnos en este escrito que el sacerdocio de Cristo no es ritual sino existencial, es ya una revolución. Los cristianos no hemos aprovechado suficientemente esta genial intuición, tanto para la espiritualidad como para la pastoral. A partir de aquí se intuyen formas audaces de ser cristiano y formas nuevas de ejercer el sacerdocio.

1. NIVEL HISTÓRICO

1.1. Una comunidad atemorizada y perseguida

1.1.1. La persecución interpretada como silencio de Dios

«Necesitáis paciencia en el sufrimiento para cumplir la voluntad de Dios y conseguir así lo prometido. Pues todavía un poco, muy poco tiempo, y el que ha de venir vendrá sin tardanza»... (10,36-37).

La fecha del escrito a los Hebreos es discutible: hay quienes opinan que se dio en los años de la persecución de Nerón (en torno al año 68) y quienes piensan que más bien se dio en torno a la persecución de Domiciano (en los años 90). El asunto depende del valor histórico que se le dé a Hb 9,9 que da a entender que el templo de Jerusalén

está en plena actividad. De todas formas, cualquiera de las dos fechas presupone a una iglesia en persecución. Nos inclinamos por la fecha en torno al 68, ya que si el templo de Jerusalén hubiera estado destruido, esto hubiera sido utilizado en el escrito a los Hebreos como argumento en favor del superior sacerdocio de Cristo sobre el sacerdocio tradicional judío.

La ausencia de Dios causa en el ser humano desazón e inquietud. No experimentar conexión con Dios es como no hallar la razón de la vida o perder el horizonte de la misma. El vacío de Dios llena al alma de angustia. Al ser humano, acostumbrado a relacionarse con la divinidad, le incomoda el silencio o la ausencia de Dios. A lo largo de la historia, Israel interpretó como silencio de Dios el sufrimiento, la muerte y todo lo que se asemejara o acercara a dichas realidades: enfermedad, guerra, pestes, hambre, calamidades, persecución, fracasos, esterilidad, etc. etc.

1.1.2. La falsa interpretación de la ausencia o silencio de Dios

«Mantengámonos firmes en la confesión de la esperanza... sin abandonar nuestra propia asamblea, como algunos acostumbran hacerlo»... (10,23-25).

Frente a cualquiera de estos sufrimientos, el ser humano busca, por propio instinto, la causa de los mismos. Muchas veces la encuentra en el consciente de su alma, pero otras veces se le queda en el inconsciente, en forma de culpabilidades que hay que expiar o de situaciones que hay que mejorar. La comunidad cristiana, por su parte, se hallaba en circunstancias parecidas. Primero la persecución judía y después la persecución del Imperio Romano debían estar produciendo en el alma la experiencia de la ausencia o el silencio de Dios. Su reacción no estaba siendo la más correcta. Muchos querían abandonar ese difícil camino de la fe. ¿Los atraía de nuevo el judaísmo? ¿Los reabsorbían las religiones "paganas"? ¿No habían podido superar la ausencia de los rituales pomposos o atractivos de sus respectivas religiones? ¿Les estaban faltando las extraordinarias fiestas del pasado? ¿La austeridad y el ocultamiento que imponía la persecución los estaba cansando? ¿La religiosidad más interior que exterior que les pedía el cristianismo no era suficiente? Seguramente que estas y muchas otras realidades angustiaban el alma de los nuevos cristianos. Y el profundo silencio de Dios experimentado en el sufrimiento y la persecución, podía estar siendo interpretado como una voz que invitaba a volver al pasado religioso. Ésta sería la razón por la cual son invitados a "mantenerse firmes", a no abandonar el camino emprendido y a darle una correcta interpretación a la historia de dolor que estaban viviendo.

1.1.3. El silencio de Dios, silencio de Padre

«Sufrís para corrección vuestra. Como a hijos os trata Dios, y ¿qué hijo hay a quien su padre no corrija?»... (12,7).

La corrección de un padre encierra mucho de silencio y de ausencia. El hijo, objeto de las diarias comunicaciones de un padre, sabe cuándo el padre calla para corregirlo y sufre por ello. Es precisamente a una comunidad sumida en el silencio de Dios por la persecución, a la que le escribe el autor del escrito a los Hebreos. Y la invita a descubrir en el sufrimiento a Dios como padre corrector. Un padre nunca enmudece del todo. Su silencio es sólo pasajero. Dios Padre había continuado hablándole al pueblo de la nueva Alianza a través de su Hijo Jesucristo. El cristianismo debía descubrir esta voz o comunicación de Dios, so pena de quedarse sin entender la esencia misma de esta nueva Alianza. Con esto nos acercamos ya al tema principal de este escrito.

1.2. La comunicación de Dios con Israel, tema central

1.2.1. Dios siempre le habló a Israel

«Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres»... (1,1).

Dios mantuvo con Israel comunicación permanente. No sólo por ser su hijo a través de la creación ((Gn 1,26), sino por ser su hijo por elección especial y gratuita y por ser «un pueblo escogido entre los pueblos» (Dt 7,6-8). Con este pueblo se comunicó Dios a través de los profetas (Hb 1,1b), de los ángeles (2,2), de Moisés, mediador de la Ley (3,5), y del sacerdocio en los sacrificios y en el culto (9,1-10). Es decir, Dios mantuvo la comunicación con su pueblo de mil formas.

1.2.2. El papel del sacerdocio en la comunicación de Dios con Israel

«Porque todo Sumo Sacerdote... está puesto e favor de los hombres en lo que se refiere a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecados»... (5,1).

No se puede negar el valor histórico del sacerdocio israelita y de su sistema de culto. Se admite y se alaba el hecho de que todo Sumo Sacerdote realiza una acción sagrada en favor de la humanidad y se señala expresamente que dicha acción "se refiere a Dios", es decir, a la relación que une a los seres humanos con Dios. El texto añade algo más: que el Sumo Sacerdote «puede sentir compasión hacia los ignorantes y extraviados, por estar también él envuelto en flaqueza»... (9,12). Ningún israelita podía negar que sus instituciones sagradas le habían servido de mucho: habían mantenido, bien o mal, una línea abierta hacia Dios y otra abierta hacia el pueblo. Aunque el cristianismo no podía perder este logro, tenía también el desafío de demostrar no sólo que también poseía la capacidad de comunicar al ser humano con Dios, sino que lo podía lograr, superando en profundidad a las instituciones israelitas, aunque no contara con el ritual exterior propio de una religión pluricentenaria.

1.2.3. Los primeros cristianos frente al silencio de Dios

«Es preciso que prestemos mayor atención a lo que hemos oído, para que no nos extraviemos»... (2,1).

"Prestar atención a lo oído" es caer en cuenta de la nueva comunicación que Dios ha inaugurado a través de Jesús. El cristianismo en sus orígenes era algo simple, sencillo, escondido, sin grandes templos, ni fiestas masivas, ni grandes

cultos o liturgias. No podía tener grandeza, ni espectacularidad, por el simple hecho de que apenas comenzaba. Y lo hacía en medio de una sociedad hostil -judía y romana- que eran las respectivas culturas hegemónicas de Palestina y del Imperio Romano.

En razón de todo esto, los cristianos, ausentes ya por convicción de las grandes celebraciones y comunicaciones oficiales de Dios, debían escuchar su voz en sitios reducidos, en ámbitos familiares y ocultos; y sabemos por la historia que su comunicación con Dios se daba hasta en ámbitos subterráneos. Aquí en estos nuevos ámbitos, ordinariamente "profanos" había que escuchar la nueva voz de Dios. Y si no desarrollaban este nuevo sentido, corrían "el peligro de extraviarse", es decir, volver a añorar la vieja religión de donde habían venido y sus viejos modos espectaculares, de víctimas y de sacrificios exteriores, de transmitir la comunicación de Dios.

1.2.4. En el Cristianismo Dios no estaba silenciado

«En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo»... (1,1)

Aunque el autor del escrito a los Hebreos reconozca el valor relativo que tuvo la comunicación con Dios en el Antiguo Testamento, quiere dar a conocer ahora el valor de mayor perfección que tiene la comunicación con Dios que ofrece el Nuevo Testamento. Más aún, por tratarse de una comunicación basada en el Hijo que es Jesucristo, esta comunicación no es sólo superior, sino la más profunda comunicación que se puede dar. Esta será la tesis que el escrito a los Hebreos defenderá a lo largo de sus trece capítulos. Y lo probará hasta la saciedad, a su modo, el cual es un modo típicamente judío.

El verbo que se emplea para indicar cómo habla Dios es *laleo*, que en griego significa *hablar a la ventura, al azar, a troche y moche* (en contraposición con *lego*, que en griego implica siempre la parte intelectual del decir o del hablar). Esto nos orienta a entender este hablar de Dios en la historia y en Jesús, como un derroche de comunicación. Si en el Antiguo Testamento, el pueblo tuvo esta comunicación «muchas veces y de muchos modos» (1,1), la sigue teniendo ahora con Jesús, de una manera más profusa. En el N.T. Dios ha multiplicado su comunicación hasta el exceso. Tanto, que parece que Dios la despilfarrara o malgastara. Sin embargo, lo que en el fondo quiere indicar el escritor es la prodigalidad de Dios al comunicarse con la humanidad a través de Jesucristo, su Hijo.

1.2.5. ¿Quién percibió todas estas bellas cosas y para quién lo hizo?

«Con la mayor insistencia os pido que roguéis por mí, para que muy pronto os sea yo devuelto»... (13,19).

Pareciera que quien escribe lo estuviera haciendo desde una situación lamentable que lo pone en desventaja frente a la comunidad. Parece que se tratara de un dirigente que ha tenido que ausentarse por fuerza mayor. ¿Perseguido por ser cristiano, o incomprendido en su comunidad? De todas formas, se trata de un dirigente que ha experimentado el dolor en su servicio, pero que ahora desea vivir la alegría del mismo, la cual se palpa en la rectitud de la propia conciencia y en la fidelidad del grupo (cf. 13,17-18). No se sabe el nombre de este dirigente que quiere a su comunidad y guarda nostalgia de la misma. Se propone a algún discípulo de Pablo, judeo-helenista, es decir, alguien de formación judía, pero abierto a la cultura griega. ¿Lucas, Bernabé, Silas, Clemente o Apolo? Este último, desde Lutero, cuenta con algunos argumentos en su favor.

¿Desde dónde y para qué comunidad escribe? Tampoco se sabe nada seguro. Sin embargo, esta pregunta es respondida de diversa forma. Quienes sostienen que se trata de una verdadera carta, pese a que rompe con el género epistolar de entonces, piensan que pudo ser escrita en alguna parte de Italia (cf. 13,24) y se dirige a alguna comunidad de Palestina; o que pudo ser escrita por cristianos italianos que vivían fuera de Italia y enviada a la iglesia de Roma, aunque se han propuesto también otras ciudades: Corinto, Éfeso, Antioquía, Chipre. Esto quiere decir que este tema es todavía cuestión abierta a la discusión. La iglesia destinataria sería, de todas formas, no una iglesia hebrea, sino una iglesia de simples cristianos, venidos en su mayoría del mundo no judío.

El título de "Carta a los Hebreos" actualmente no es aceptado por los especialistas, que niegan la posibilidad de que el escrito haya sido dirigido realmente a los hebreos. Este título sólo aparece en el siglo III y parece deducido del tema de la misma carta: "el Sacerdocio de Cristo", confrontado con el sacerdocio hebreo del Antiguo Testamento. Este escrito, por haber sido considerado como perteneciente al "corpus paulinum", debía ser carta, como los otros escritos de Pablo y debía tener un destinatario, también como las otras cartas paulinas. Y, al no tenerlo explícitamente, recibió un título acomodado, el de "Carta a los Hebreos", título que pagaba tributo al hecho de que el escrito tomaba posición contra ciertas tendencias judaizantes que tenían algunas comunidades cristianas.

2. NIVEL LITERARIO

2.1. La estructura literaria del escrito a los Hebreos

2.1.1. El uso del "quiasmo"

El quiasmo es la técnica literaria que lleva a desarrollar las ideas de un escrito, o de parte del mismo, en forma concéntrica. De esta manera el punto más importante de un escrito no está al comienzo o al fin del mismo, sino en el centro. Y las partes que componen el escrito se van relacionando en forma concéntrica, así: el principio con el final, las partes medias entre sí, para destacar el punto central que es donde está la tesis que se quiere desarrollar. Esto se ve claro en el escrito a los Hebreos: une la idea del principio (Jesús, superior a los ángeles) con el final (lo contrario a la naturaleza angélica: el sufrimiento); después une las ideas medias entre sí: la idea de cómo Jesús supera la mediación

de Moisés y de la ley, con la idea de cómo lo contrario a la ley es la fe de los mayores. De esta manera queda como central la idea de cómo Jesús inaugura una nueva mediación o comunicación con Dios a través de su sacerdocio.

2.1.2. Aplicación del "quiasmo"

Todas las ideas anteriores gráficamente se ven así:

A) *Jesús supera la mediación de los ángeles (1,5 - 2,18)*

- por el dolor, patrimonio de Jesús y no de los ángeles
- por la resurrección, patrimonio de Jesús y no de los ángeles
- por el señorío del mundo, patrimonio de Jesús y no de los ángeles

B) *Jesús supera la mediación de Moisés y de la Ley (3,1 - 5,10)*

- por la resurrección, patrimonio exclusivo de Jesús
- por la filiación divina, patrimonio exclusivo de Jesús
- por un nuevo Sumo Sacerdocio, patrimonio exclusivo de Jesús

C) *Jesús inaugura una nueva mediación sacerdotal (5,11 - 10,37)*

- Un nuevo Sacerdocio con una nueva ritualidad
- Un Sacerdocio eterno por su muerte y resurrección
- Un Sacerdocio que toca la conciencia y perdona los pecados

B') *Lo contrario a la Ley es la fe de los ancestros (11,1 - 12-15)*

- La fe de los ancestros, puerta del nuevo sacerdocio
- la fe y la contradicción de un "sacerdocio laical"
- la fe, la persecución y el sacerdocio

A') *Lo contrario a la naturaleza angélica es el sufrimiento humano (12,14 - 13,21)*

- Los dolorosos deberes del "sacerdote laico" van más allá del culto
- Un sacerdocio para la periferia de la marginación y del dolor
- Un sacerdocio no de poder de gobierno, sino de obediencia dolorosa

2.2. El género literario de Hebreos

2.2.1. ¿Es el escrito a los Hebreos una carta?

Desde el comienzo hemos evitado llamar "carta" a este escrito. En realidad, mal puede llamarse "carta", cuando le falta los elementos que caracterizan a otras cartas: saludo inicial, presentación del autor, destinatarios, acción de gracias, bendición, despedida, saludos finales etc. Los comentaristas, en general, son partidarios de no asignarle a este escrito el género literario de carta. La impresión que da este escrito es que a determinada pieza literaria se le añadió una nota de remisión (13,22-25) que la convirtió en carta. Y es claro, de todas formas, que estos versículos finales no constituyen ni determinan el género literario de todo un escrito.

2.2.2. Entonces, ¿qué es el escrito a los Hebreos?

Por todo lo que muestra, este escrito pertenece al género predicación. Su autor toma a ratos tono oratorio y él mismo define su escrito como una "exhortación" (13,22). La palabra griega que emplea es *paráklēsis* que significa *exhortación, aliento, fortaleza y consuelo* con el propósito de fortalecer al creyente en su fe (cf. Rm 15,4). Por lo mismo, el género literario de Hebreos es una especie de homilía o sermón, o un pequeño tratado bíblico-teológico acerca del sacerdocio de Cristo, con frecuentes invitaciones a una vivencia o práctica consecuente de dicho sacerdocio.

2.3. Unos nuevos ojos para leer la historia

2.3.1. El dolor, clave de comprensión

«Después de llevar a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la derecha de la Majestad... la cual perfeccionó mediante el sufrimiento al que iba a guiarlos a la salvación»... (1,3; 2,10).

Desde el principio hasta el fin, los ojos del escritor van a estar puestos en el sufrimiento. Jesús tuvo que atravesar el umbral del sufrimiento y sumergirse en el mismo, para así poder llegar a la resurrección, la cual es la que lo hace superior a los ángeles, a Moisés y a la ley, y la cual también lo capacita para ser un Sumo Sacerdote de otro orden. Es decir, el sufrimiento es la clave indispensable para entender a Jesús: su resurrección y todo lo que de ella se deduce pasan por el sufrimiento.

La palabra que se usa para indicar "sufrimiento" es *páthema*, la cual indica el padecimiento físico, haciendo clara alusión a la pasión y muerte de Jesús. No se trata de un dolor figurativo, interior o de un dolor espiritual, sino de un dolor físico exterior, como el que Jesús experimentó en el proceso de su muerte. Además, en el original la palabra no

está en singular, sino en plural, como quien recoge la suma inmensa de dolores y padecimientos por los que tuvo que pasar Jesús, a semejanza de todos los condenados a muerte. Este dolor físico tuvo en Jesús un papel de mediación purificadora y lo hermana con todos los seres humanos que físicamente tienen que pagar tributo a la injusticia.

2.3.2. La noche oscura del sufrimiento

«Habiendo sido probado por el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados»... (2,18).

El sufrimiento es una realidad negativa que pertenece al campo de la opresión. Cuando se tiene experiencia del mismo, su huella queda en el fondo del ser humano, unas veces en el consciente, como memoria de padecimientos, otras en el inconsciente como memoria de resentimiento o amargura. El dolor llega a ser tan hondo en el alma, que a veces se vuelve casi incomunicable: no se encuentran palabras para describir lo que se siente. Se entra así en una realidad "indecible, inenarrable". La imposibilidad de explicarse el dolor en la propia vida, o de explicar la propia vida atrapada en el dolor, es lo que sumerge al ser humano en la angustiada noche oscura del alma, de donde parece no haber salida: «Padre, si quieres, aparta de mí esta copa, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya»... (Lc 22,42).

2.3.3. El símbolo hace que lo "indecible" se vuelva "decible"

«Sobre este particular tenemos muchas cosas que decir, aunque difíciles de explicar, porque os habéis hecho tardos de entendimiento»... (5,12).

Siempre será difícil comprender y mucho más difícil explicar el misterio de un Dios encarnado que siendo inocente, sufre como un malhechor de parte de sus mismas creaturas, inferiores a él. El símbolo salta cuando se interioriza en la propia alma el dolor de Cristo, cuando se le comprende tanto que se hace propio y se experimenta el saneamiento interior que esto produce. Entonces el alma salta de gozo y expresa de alguna manera lo ocurrido en su interior. Y ya no ve sólo a un crucificado, sino a lo que está debajo del dolor del crucificado: un Pontífice que perdona el pecado con su propio dolor, mucho más hondamente de lo que lo hacía el pontífice de los rituales judíos. Y así, en figura de Sumo Sacerdote crucificado, puede el fiel juntar esos dos campos que antes lo torturaban y ahora lo consuelan: el de su interior, antes amargado y ahora saneado y el de su exterior, antes oprimido y ahora liberado.

2.3.4. El símbolo, interiorización del encuentro con Dios

«La palabra de Dios penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón»... (4,12).

En el A.T. Dios había mantenido una continua comunicación a través de mensajeros (profetas, ángeles y sabios), a través de la ley y de su mediador Moisés y a través del sacerdocio y sus instituciones. El A.T. podía decir con orgullo que la comunicación con Dios nunca había faltado en sus instituciones. Por el contrario, éstas se habían multiplicado, buscando afianzar más y más la comunicación con Dios. No había habido necesidad de recurrir al interior de las personas, para establecer lo que el exterior parecía haber asegurado. Es cierto que algunos profetas habían recurrido al interior, al hablar de una nueva Alianza (Jr 31,31-34; Is 53,1-12; Ez 36,25-27; 37,1ss; Sal 51,3-4.7-9.12-13.19). Pero esto fue precisamente lo que le faltó oficialmente al A.T. La falta de interiorización llevó al A.T. a la entronización del legalismo exterior. El Nuevo Testamento volverá a retomar el tema y lo hará como punto central, como punto de partida que debe estar presente en toda su estructura y no sólo como excepción o sugerencia. Hay que ir al fondo del alma, donde la palabra de Dios «es viva y eficaz y más cortante que espada alguna de dos filos» (4,12). Aquí es donde nos coloca el escrito a los Hebreos: en el propio interior de nuestra alma, en donde se da el verdadero encuentro con Dios.

2.3.5. El símbolo nos devuelve una estructura opresora convertida en liberadora

«La Ley instituye Sumos Sacerdotes a hombres frágiles; pero la palabra del juramento, posterior a la ley, hace al Hijo perfecto para siempre»... (7,28).

¿Qué es lo que, en definitiva, ocurre con el sacerdocio de Cristo? Que el sacrificio y su entrega por los demás hace de él un nuevo tipo de comunicación con Dios. La Ley hacía Sumos Sacerdotes frágiles, la entrega o muerte por los otros hace un tipo de Sumo Sacerdocio perfecto. El sufrimiento de Cristo llega a tener tanta fuerza interior que es capaz de crear algo totalmente nuevo. Conocemos por la historia lo que era el antiguo Sumo Sacerdocio de Israel: una estructura vendida a los intereses del Imperio Romano. Éste se reservaba el derecho de poner y de quitar Sumos Sacerdotes. El Sumo Sacerdocio se vendía al mejor postor. Hasta el tiempo de Jesús fueron los saduceos los mejores postores, a costa de los intereses del pueblo. Por eso fue la dinastía sacerdotal saducea la permanente poseedora del Sumo Sacerdocio.

Todo esto demostraba la fragilidad y la corrupción del mismo. Cuando este modelo frágil y corrupto de Sumo Sacerdocio es interiorizado en Jesús, todo cambia. Ya no es un sacerdocio que se vende al mejor postor, sino que se entrega hasta la muerte, sin ningún interés personal. Lo que el A.T. entregó corrupto, el N.T. lo devuelve, en Jesús, como algo liberador. Por su dependencia de la ley y de la fragilidad humana, el Sumo Sacerdocio oficial terminó siendo una estructura excluyente de sus otros hermanos, con los cuales entró en conflicto y competencia. Precisamente Jesús fue víctima de este modelo de Sumo Sacerdocio (cf. Jn 11,49-53; 18,13-15). De este modo se enfrentaron y confrontaron la estructura sacerdotal del poder (estructura excluyente), con la realidad sacerdotal de Jesús (realidad excluida).

2.3.6. Sólo un excluido comprende a los excluidos

«*Todo Sumo Sacerdote... puede sentir compasión hacia los ignorantes y extraviados, por estar también él envuelto en flaqueza*»... (5,2).

Teóricamente la estructura sacerdotal podía dar frutos de justicia, pues tenía los elementos para ello: el Sumo Sacerdote era tomado de entre los hombres y estaba puesto para que hiciera algo en favor de los extraviados. Sólo tenía que asumir la miseria del pecador y confrontarla con su propia miseria para que brotara la compasión. Pero esto oficialmente no sucedió. La tan anunciada comunicación con Dios mediante la estructura sacerdotal falló, pues esa anhelada compasión no brotó de la oficialidad cultural. Por el contrario, persiguieron a Jesús por haber ofrecido la misericordia de Dios a los ilegales (prostitutas, cobradores de impuestos, leprosos, enfermos, mujeres e impuros en general...). Quien no siente el sufrimiento del otro en su propio ser, difícilmente entra en compasión. Jesús lo hizo, pues fue considerado pecador e infractor de la ley y como tal fue juzgado. En su juicio y en su muerte pudo experimentar cercanía con todos los hombres sus hermanos, juzgados y condenados. Jesús, en cuanto excluido o condenado por la Ley, tenía la capacidad de comprender a los otros excluidos.

3. NIVEL TEOLÓGICO

3.1 Jesús supera la mediación de los ángeles (1,5 - 2,18)

3.1.1. Los ángeles son servidores, no divinidades mediadoras

«*¿Es que no son todos ellos espíritus servidores con la misión de asistir a los que han de heredar la salvación?*»... (1,14).

Lo que está en juego en el escrito a los Hebreos es la comunicación con Dios; esto es lo que debía ofrecerle al ser humano toda religión y toda institución que se caracterizara como religiosa. Dentro del judaísmo y de las religiones orientales, había instituciones religiosas que ofrecían mil mediaciones de espíritus (dioses, diosas, ángeles y demonios). Tanto el A.T. como el N.T. contaban con un completo elenco de espíritus angélicos: serafines, querubines, arcángeles, ángeles, tronos, dominaciones, virtudes, potestades, etc.; aún más, algunos de estos grupos de espíritus se subdividían con nuevos nombres (cf. Col 1,16; Ef 1,21; Lc 1,26; Ap 12,7).

El autor del escrito a los Hebreos no creía que la comunicación con Dios quedaba resuelta con la multiplicación de espíritus angélicos. El cristiano sólo debía quedar satisfecho con el contacto inmediato de Dios; y este contacto sólo se obtenía en profundidad por Jesucristo. El sistema angélico, como tal, no era otra cosa que una mediación, un remplazo, hasta que llegara la plenitud de la comunicación que se daría en Jesucristo. Y en Jesucristo se dio, porque él era el Señor Resucitado, el Hijo Amado de Dios. Frente a esta realidad, sobraban ángeles, porque sobraba toda mediación.

3.1.2. Al mediador genuino lo define el sufrimiento

«*Lo veremos coronado de gloria y honor, por haber padecido la muerte*»... (2,9b).

La comunicación con Dios que logra Jesucristo para sus seguidores no es gratuitamente superior a la de los ángeles. Es una comunicación superior ganada a pulso, por su encarnación y su propio sacrificio. Un verdadero mediador debe participar de la realidad de los dos campos que media: el de Dios (Jesús es su Hijo) y el de los hombres (Jesús es su hermano y sufre con ellos). Los ángeles no logran nunca alcanzar estos dos extremos: ni son Dios, ni son hombres. Ser Dios y ser hombre es algo exclusivo de Jesús. Esta realidad la analiza el escrito a los Hebreos en tres facetas:

a) *La faceta del dolor.* El dolor hace a Jesús semejante a los hombres. El dolor de Jesús se concreta en su muerte, patrimonio necesario de todo ser humano. Pero no toda muerte es igual. La muerte de los inocentes se convierte en asesinato y en injusticia delante de Dios. Quien la padece entra en la categoría de los "pobres de Yahvéh", de los amados de Dios. Jesús, en su muerte -muerte de un inocente, injustamente asesinado- se acerca a estos pobres y amados de Dios. En esto desborda a los ángeles.

b) *La faceta de resurrección.* La resurrección confirma la divinidad de Jesús. Muerte y resurrección van siempre unidas en Jesús, porque Jesús llegó históricamente a su resurrección pasando por la cruz. El hecho de la muerte de Jesús genera la bella metáfora de su renacimiento abiertamente divino en la resurrección: «*¿A qué ángel dijo alguna vez: Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy?*»... (1,5). Este interrogante conduce a mirar la resurrección como el momento cumbre de la comunicación de Dios con el ser humano, demostrada en la resurrección de Jesús, hermano de los hombres. Jamás se podrá decir algo que tenga más intimidad y más compenetración en la comunicación entre Dios y el hombre que la resurrección de la humanidad de Jesús. El mundo de la angelología, que tanto atrae, aquí queda del todo relativizado: ninguno de ellos ha recibido el don de la resurrección.

c) *La faceta del señorío sobre el mundo.* Hebreos 1,7 nos señala lo que más nos seduce en los relatos de ángeles: «*el que hace a sus ángeles vientos y a sus servidores llamas de fuego*»... Viento: vida, rapidez, ubicuidad... Fuego: espiritualidad, sutileza, pureza... Los relatos angélicos suelen filtrar la comunión con Dios a través de esas cualidades. El escrito a los Hebreos contrapone esta comunicación a otra que él cree más fundamental, más céntrica: «*Pero al Hijo le dice: el cetro de tu realeza es cetro de equidad. Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad, por eso te ungió Dios*»... (1,8-9). Aquí la comunicación entre Dios y el hombre se da a través de la justicia. Querer comunicarse con

Dios en la forma en que Jesús lo hizo -por la ofrenda de la propia vida- lleva a la comunión con Dios en la justicia. Comulgar con Dios en la justicia es hacer la misma comunión que realizó Cristo. Jesús no obtuvo el señorío del mundo por el poder arbitrario, sino por el ejercicio de la justicia que lo llevó hasta la muerte. Y por su muerte adquirió la vida plena. El mundo angélico, concebido al servicio del Dios de la justicia, no puede llegar a crear o recrear la justicia muriendo por ella. Sólo Jesús, Dios encarnado que muere por la justicia, es Señor del mundo.

3.2 Jesús supera la mediación de Moisés y de la Ley (3,1 - 5,10)

3.2.1 También Moisés fue un servidor y no el señor de la casa

«Ciertamente Moisés fue fiel en toda su casa, como servidor, para atestiguar cuanto había de anunciarse, pero Cristo lo fue como Hijo, al frente de su propia casa, que somos nosotros»... (3,5-6).

El escrito a los Hebreos pasa ahora a desmontar, con todo respeto, a Moisés y la Ley, como mediaciones definitivas de la comunión con Dios. A pesar del gran valor de Moisés y de la Ley, la comunicación de Dios no se acababa con ellos. Ellos eran simplemente los peldaños para llegar al corazón de algo más hondo y definitivo: Jesús. Las metáforas empleadas en el texto que acabamos de citar no dejan de ser sugerentes, novedosas y profundas. En primer lugar, la metáfora de la casa nos lleva a un lugar de intimidad, de familiaridad, donde se suelen dar las comunicaciones más profundas a nivel humano. La comunicación ideal es la que llega a establecer el Amado (el Señor, el dueño) con su doncella amada de siempre: el pueblo de Israel. Moisés no es el Amado, pues no es ni el Señor ni el dueño. En cambio, Cristo es el Señor que viene a su propia casa, donde su propia amada.

En segundo lugar, la metáfora de que "la casa somos nosotros" clarifica y ahonda más el sentido de la perícopa. Nuestro único Señor, del pueblo, es Jesús. Por lo tanto, él es el Amado definitivo que ha de desposarse con el pueblo. La intimidad que se da en la casa, cuando viene su dueño, es el modelo de comunicación que construye Jesús. Mayor comunicación, más honda, más rica entre el ser humano y la divinidad no puede darse. Moisés y la Ley no dejan de ser simples guardianes, simples «testigos de la verdadera comunicación que había de anunciarse» (v. 5).

3.2.2. Al conductor definitivo lo define el sufrimiento

«Tenemos un Sumo Sacerdote que penetró en los cielos... No tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo, igual que nosotros, excepto en el pecado»... (4,14-15).

El escrito a los Hebreos parte, en toda argumentación, del sufrimiento de Jesús. Esta es la clave principal de su teología. Pero, antes que sus ojos, su alma se ancló en Jesús Crucificado, asumió esta experiencia, la introyectó en su alma y desde allí brota a borbotones en metáforas y símbolos que nunca acaban. No hay escrito del Nuevo Testamento comparable con el de los Hebreos que asuma con tanta insistencia, con tanta profundidad y con tantos matices el sufrimiento de Cristo. Desde él trata de explicarlo todo.

a) *Dolor y Resurrección.* El dolor abre una puerta que nadie había logrado abrir: «Teniendo, pues, tal Sumo Sacerdote que penetró los cielos... mantengamos firmes la fe que profesamos»... (4,14). Por el dolor Jesús entra en la resurrección. El escrito a los Hebreos habla de cuatro entradas, encadenando cuatro metáforas, cada una de las cuales supera en intensidad a la anterior: la primera habla de la entrada al descanso de la tierra (3,18); la segunda, habla de la entrada al descanso del sábado (4,4-5); la tercera, de la entrada a la interioridad del alma (4,12-13) y la cuarta habla de la entrada en los cielos (4,14) a través de la resurrección. Con estas metáforas, la resurrección de Jesús toma matices novedosos: con la entrada al descanso de la tierra plenifica el concepto de "Nueva Tierra" o de realidad definitiva de humanización... Con la entrada al reposo del sábado plenifica el "descanso" de quien comenzó en la tierra una obra de creación y transformación... Con la entrada a la interioridad del alma da por cumplido el proceso de "desnudez" interior, o despojo de toda imperfección por la acción de la Palabra de Dios... Con la entrada en los cielos le da sentido a la realidad del "más allá", donde la misericordia y compasión siguen vigentes («tenemos un Sumo Sacerdote que puede compadecerse de nuestras flaquezas»: 4,15)...

Es precisamente la resurrección la realidad por la que Moisés queda superado por Jesús. Moisés logró conducir al pueblo al descanso relativo del sábado y al descanso provisional de la tierra prometida. También logró hacer penetrar la Palabra de Dios en su propia alma y en el corazón del pueblo. Sin embargo, nunca logró penetrar en los cielos por la resurrección. Aquí sólo entra Jesús y lo hizo «después de haber sido probado en todo» (v.15). De esta manera, siempre aparece el sufrimiento haciendo parte del horizonte teológico de Jesús. Y aparece no sólo como horizonte personal, sino como horizonte del colectivo o grupo que quiere seguirlo. Sin el sufrimiento no se entiende ni a Jesús, ni al Cristianismo. Jesús con su dolor no sólo abrió su propio camino de resurrección, sino que nos lo abrió también a nosotros. Por eso y en eso nos redime. Y nos enseña que todo conductor hacia lo definitivo debe pasar por el sufrimiento que golpea a los hombres sus hermanos que también buscan lo definitivo.

b) *Dolor y filiación divina:* «De igual modo tampoco Cristo se apropió la gloria del Sumo Sacerdote, sino que la obtuvo de quien le dijo: ¡Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy»... (5,5). La relación entre dolor y filiación no es una relación de causalidad (porque sufre es Hijo de Dios), sino una relación de celebración o aclamación (el hijo que sufre por obediencia no debe permanecer escondido, debe ser proclamado). Jesús es proclamado Hijo no sólo en el bautismo (Mc 1,11), sino también en la transfiguración (Mc 9,7) y en la resurrección (Hb 5,5). Los tres acontecimientos están ligados con la pasión y muerte de Jesús: el bautismo, ya que tanto su bautismo como el nuestro se dan en su muerte (Rm 6,3); la transfiguración, que acaece en el camino hacia Jerusalén, frente al anuncio de su muerte, y que

no debe ser comunicada hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos (Mc 9,1); y la resurrección, consecuencia de la muerte de Jesús, «el cual, siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia y así llegó a la perfección (resurrección)» (Hb 5,8). Una comunidad bajo persecución, con la esperanza por los suelos, con deseos de abandonarlo todo (3,12; cf. 6,4 ss), no puede leer a Jesús de otro modo, si no es a partir del dolor. Por lo mismo, es necesario entender a Jesús desde el dolor, para que el propio dolor tenga sentido (10,32 ss).

c) *Dolor y sacerdocio*: «El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas... con lo que padeció experimentó la obediencia... proclamado por Dios Sumo Sacerdote» (5,7-10). La lectura de Jesús a partir del dolor, de su pasión y muerte, condujo al autor del escrito a los Hebreos a establecer en Jesús un tipo totalmente nuevo de sacerdocio. Cualquier israelita, posesionado de su propia cultura, podía dar testimonio del gran valor histórico de su sacerdocio. Pese a sus limitaciones y a veces a sus corrupciones, el sacerdocio había sido una gran mediación de gracia, debido a la comunicación que había establecido con Dios. Pero este sacerdocio debía ser remplazado por algo y por alguien que estableciera con la divinidad una comunicación más genuina. Este algo y este alguien ya habían acontecido en el mundo: eran la encarnación, la muerte y la resurrección de Jesús, era el mismo Cristo en persona que se entregaba por el pueblo. Era a todo esto junto a lo que el escrito a los Hebreos llamaba sacerdocio de Jesús, Hijo de Dios Padre y verdadero mediador entre Dios y la humanidad.

Pero con la particularidad de que este Jesús, constituido sacerdote por su resurrección, no tenía ninguno de los atributos que conducirían al sacerdocio histórico de los israelitas: no era de la tribu de Leví, ni descendiente de Aarón o de Sadoc. Era un simple laico (7,13-14). Tampoco tenía experiencia de templo ni de sinagoga; tampoco era experto en leyes, y ni siquiera había tenido formación legal. Es decir, ni de cerca ni de lejos Jesús podía aspirar a la dignidad sacerdotal tradicional. Sin embargo, la experiencia de Dios que Jesús comunicaba y que palpaban sus seguidores no se podía negar. Frente a esta doble comprobación -carencia de sacerdocio oficial, pero real comunicación con Dios- el escrito a los Hebreos propone para Jesús un tipo de sacerdocio totalmente desconocido: un sacerdocio no cultural, sino existencial. Era la misma existencia de entrega de Jesús la que acreditaba su tipo de sacerdocio.

d) *El sufrimiento como condición y acceso al sacerdocio de Cristo*: «Por eso tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en lo que toca a Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo»... (2,17). En el sacerdocio existencial propio de Cristo -entrega de la propia vida- el sufrimiento juega un papel trascendental. Es la capacidad de sufrimiento la condición para este nuevo sacerdocio. Y sólo por su sufrimiento en favor de los seres humanos Jesús tiene acceso al mismo. Queda así establecido el tipo de sacerdocio que inaugura una nueva era en la humanidad. Ya no se necesita ser descendiente de la tribu de Leví o de alguna de las familias sacerdotales clásicas. Ya no hay necesidad de ninguna clase de ritual para obtener y ejercer el sacerdocio. Por eso, lo que más pondera el escrito a los Hebreos es que «nuestro Sumo Sacerdote puede compadecerse de nuestra debilidad, porque él también estuvo sometido a las mismas pruebas que nosotros» (cf. 4,15).

3.3. Jesús inaugura una nueva mediación con su propio sacerdocio (5,11 - 10,37)

3.3.1. Más allá del ámbito cultural oficial conocido

«Dejando aparte la enseñanza elemental acerca de Cristo, elevémonos a lo perfecto»... (6,1).

No se trata de negarle valor a lo ritual. Este es un elemento que pertenece a la constitución humana, la cual no puede prescindir de su corporalidad y necesita respuestas para la misma. Estas respuestas las da ordinariamente la religión a través de sus múltiples rituales oficiales, que van desde la iniciación hasta la madurez en la misma. Sin embargo, hay realidades religiosas que por salirse del ámbito oficial conocido, piden desbordar la ritualidad oficial conocida. Los judeocristianos conocían los rituales de su antigua religión y sabían de la comunicación de Dios que ellos expresaban. Ahora ellos se encontraban frente a una nueva realidad. Era necesario que se dieran cuenta de que la experiencia religiosa pasada podía ser superada. Estar abiertos a nuevas experiencias de Dios los llevaría a comprender la experiencia de Dios que aconteció en Jesucristo y que podía ser revivida por cada cristiano, sin distinción de sexo o clase social.

3.3.2. La ritualidad de la propia existencia

«La primera alianza tenía sus ritos litúrgicos y su santuario terreno... Pero presentóse Cristo... no con sangre de machos cabríos, ni de novillos, sino con su propia sangre, consiguiendo una redención eterna»... (9,1.11.12).

Hay dos alianzas que se contraponen: la antigua, con sus rituales externos, y la nueva, con el ritual de la propia vida. Lo que es externo al ser humano termina por no implicar a la persona: se puede hacer el ritual sin llegar a experimentar su significado. En cambio, darle a la propia existencia el valor de entrega que tiene el sacrificio compromete a todo el ser humano. Ya no es algo diferente a sí mismo que se ofrece, sino que es el propio ser el que queda comprometido. Jesús inauguró la nueva Alianza, ratificándola no con sangre extraña de sacrificio, sino con la propia sangre.

Se trataba de la experiencia existencial de Cristo, entregada al servicio de sus hermanos, según la voluntad de su Padre, que aceptó que su hijo fuera injustamente condenado a muerte en razón de lo cual les anunciaba a sus contemporáneos un Dios de justicia y de solidaridad y una nueva sociedad de fraternidad e igualdad. Esta ritualidad nueva que propone el escrito a los Hebreos llevaba, a semejanza de Cristo, a descubrir en la ofrenda de la propia vida un nuevo sacerdocio, un nuevo templo, un nuevo sacrificio. Esta ritualidad no debía ser controlada por las leyes fijas tradicionales, sino que debía ser simplemente vivida, con la ritualidad que le diera su propia entrega a cada hombre y a cada mujer cristiana. Y sabemos que cada existencia tiene su propia ritualidad. En este tipo de sacerdocio ya no se

está pendiente de rituales regulados por la ley. Más bien se goza de la libertad que nace del Espíritu que habita en cada persona. Es un sacerdocio que goza de la libertad del propio Espíritu.

3.3.3. El doble fundamento de este sacerdocio: muerte y resurrección

«Presentóse Cristo como Sumo Sacerdote de los bienes futuros, a través de una tienda mayor y más perfecta, no fabricada por mano de hombre, es decir, no de este mundo. Y penetró en el santuario una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de novillos, sino con su propia sangre, consiguiendo una redención eterna»... (9,11-12).

El sacerdocio que inaugura Cristo tiene un doble fundamento: la entrega de su propia sangre que hace alusión a su muerte y la entrada para siempre en el santuario de Dios, que hace referencia a la resurrección. De esta manera, el propio sacrificio de Jesús es avalado por su divinidad y su divinidad se vuelve asequible en su humanidad entregada. Por eso, muerte y resurrección son las dos realidades que le dan sentido al nuevo sacerdocio de Cristo. Pensar a un Jesús sólo humano, sin resurrección, lo convierte en una víctima más, pero sin trascendencia transformadora permanente para la humanidad; lo convierte en filantropía. Por otra parte, pensar a un Jesús sólo divino, sin pasión y muerte, lo convierte en divinidad abstracta, lejana de los problemas vitales de la humanidad; lo convierte en teoría. La gran novedad de Cristo es ser Sacerdote que, por asumir la divinidad de Dios y al mismo tiempo por asumir la humanidad del hombre, establece una real comunicación entre Dios y el ser humano. Todas las características y propiedades del sacerdocio de Cristo dependen de una de estas dos realidades fundamentales. Por ejemplo:

a) De la humanidad dependen:

- * Que sea la propia existencia la que define el sacerdocio.
- * Que el dolor humano sea redentor, es decir, que tenga un sentido positivo.
- * Que el sufrimiento sea redimible, es decir, que pierda su sentido fatalista.
- * Que la cercanía al dolor humano sea real y no ficticia.
- * Que sea el sufrimiento la condición para ingresar a este nuevo tipo de sacerdocio.
- * Que el acceso al sacerdocio sea el mismo de Jesús: la entrega de la vida por otros.
- * Que la ritualidad sea espontánea y no programada, dependiendo de la existencia de cada uno.
- * Que se relativice la ritualidad exterior, la cual no compromete la existencia.
- * Que hombre y mujer, a través de la entrega de su propia vida, tengan acceso a este sacerdocio.
- * Que cualquier persona, de cualquier condición social, tenga acceso al mismo.
- * Que sea en la periferia de los marginados donde se consagra ese sacerdocio, a semejanza de Cristo.

b) De la divinidad dependen:

- * Que no sea el simple dolor humano de Cristo lo que redime, sino el valor del sujeto que padece: Dios hecho hombre.
- * Que el Padre proclame a Jesús su Hijo Amado, con plena verdad, sin metáfora.
- * Que nuestra humanidad, por el bautismo, pueda ser asimilada a la muerte y la resurrección de Cristo.
- * Que, por lo mismo, el bautismo, por la fe en Jesús que compromete, nos dé participación en su sacerdocio.
- * Que el sacerdocio bautismal, por ser participación del de Cristo, sea eterno.
- * Que el sacerdocio de Cristo, por tocar la existencia, toque el fondo de la conciencia, realidad ajena a todo otro sacerdocio.
- * Que, por lo mismo, por tocar la conciencia, tenga capacidad de transformar la conciencia y destruir el pecado.
- * Que el sacerdocio de Cristo tenga tal eficacia que sólo se deba realizar una sola vez en la vida.
- * Y que sin embargo, pueda ser celebrado diariamente, con frescura de fe y eficacia divina que superan el tiempo y el espacio.

3.3.4. En qué consiste la eternidad del Sacerdocio de Cristo

«(Jesús) puede también salvar perfectamente a los que por él se llegan a Dios, ya que está **siempre vivo para interceder a su favor**»... (7,25).

El sacerdocio de Cristo recibe la cualidad de "eterno" por la resurrección. El sacerdocio de la antigua alianza no lo era; más aún, no lo podía ser. Por eso tenía que repetir diariamente sus sacrificios y por eso mismo tenían que ser muchos los sacerdotes. Se trataba de un sacerdocio limitado en su eficacia y limitado también en el tiempo de su ejercicio. Por eso era necesaria la aparición de un nuevo sacerdocio que fuera tan eficaz que no tuviera que repetirse, que fuera tan permanente que durara eternamente y que fuera tan singular que solamente una sola persona pudiera ejercerlo en plenitud. Todo esto sólo puede ser pensado a partir de la divinidad de Cristo, manifestada por la resurrección. Esta realidad de "estar siempre vivo", es la que recoge el autor del escrito a los Hebreos como consecuencia de la discusión sobre la eternidad del sacerdocio de Cristo, en el capítulo 7.

La discusión sobre "el sacerdocio eterno de Melquisedec" no es otra cosa que una prueba de la escritura del A.T. sobre la eternidad del sacerdocio de Cristo, prueba basada en un estilo típicamente rabínico de hacer exégesis: se parte de la interpretación literaria del texto, esta interpretación se convierte en metáfora y finalmente se le aplica al sujeto o a la materia en discusión. Es obvio que la eternidad del sacerdocio de Melquisedec es una metáfora sacada del dato de que él "aparece" sin padre, sin madre, sin genealogía, aunque en la realidad él hubiera sido un hijo de familia, como cualquier mortal. Una metáfora es precisamente eso: una realidad tomada de otra parte para aplicársela a alguien a quien se quiere embellecer con alguna cualidad, o en quien se descubre una cualidad que hay que resaltar. La teología ha corrido con el peligro de tratar como realidades cosas que eran simples metáforas, pertenecientes al campo simbólico. La eternidad del sacerdocio de Cristo no se toma de la eternidad del sacerdocio de Melquisedec. El argumento más bien sigue otro orden: dado que el sacerdocio de Cristo es eterno por su resurrección, se busca en las Escrituras alguna metáfora que haga ver cómo unos ojos iluminados pueden descubrir en el Antiguo

Testamento las realidades del Nuevo. La eternidad del sacerdocio de Cristo es una de estas realidades que tienen una misteriosa raíz con acontecimientos inexplicables del pasado.

La intuición más bella acerca de la eternidad del sacerdocio de Cristo es la finalidad que en el texto se le da a su resurrección: Jesús es sacerdote eterno, "para estar siempre vivo y así interceder en nuestro favor". Más no se puede decir: se trata de una eternidad en permanente ejercicio de misericordia, siempre en nuestro favor.

3.3.5. ¡Por fin un sacerdocio que toca lo intocable: la conciencia!

«Lo anticuado y viejo está a punto de cesar... Allí se ofrecen dones y sacrificios incapaces de perfeccionar en su conciencia al adorador... ¡La sangre de Cristo, que por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, purificará de las obras muertas nuestra conciencia, para rendir culto a Dios vivo!»... (8,13; 9,9.14).

El punto clave o central en el que se diferencian el sacerdocio antiguo y el nuevo, es el tipo de sacrificio que cada uno de ellos emplea: víctimas exteriores, el antiguo; la propia sangre, el nuevo. Cuando se emplean víctimas exteriores a la persona que sacrifica, la propia conciencia del sacrificador no queda comprometida. Lo que transforma es la entrega personal, pues con ella se destruye radicalmente el afán de dominio que lleva a acaparar, a precio de injusticia. En cambio, el sacrificio de Jesús comprometió su entera existencia, pues en él ofreció su vida. A través del ofrecimiento de la propia vida, Jesús alcanzó para él la máxima perfección, pues se despojó de todo afán de dominio, siendo para Dios una víctima sin tacha, y para nosotros la máxima oportunidad de transformación interior, siempre y cuando nos ofrezcamos junto con él al Padre. La ofrenda de la propia vida, en la medida en que vaya unida por la fe a la de Cristo, nos purificará interiormente y tocará nuestra conciencia, porque destruye el egoísmo o afán de dominio, o tendencia a acaparar, raíz de todo pecado. Ya no ofreceremos víctimas destinadas a aplacar a Dios, a obtener su benevolencia, es decir, víctimas destinadas a cambiar la voluntad de Dios en nuestro favor. La perspectiva, a partir de Cristo, debe ser diferente: que el sacrificio transforme al oferente. Y esto sólo se logra, si el oferente es la víctima.

Con esto queda totalmente revolucionado el sistema cultural heredado. Mientras no se llegue a ofrendar la propia vida en unión con Cristo, no habrá posibilidad de comunión con Dios. Y esto no lo da sólo el culto. Esto se logra principalmente en la vida. Aquí es donde hay que colocar el altar principal que nos recibirá a nosotros mismos como ofrenda. Sólo a partir de aquí tendrán sentido los otros altares culturales que edifiquemos.

3.4. Lo contrario a la ley es la fe de los ancestros (11,1 - 12,29)

Según el esquema literario presentado, al tema de la Ley, representada por la mediación de Moisés y superada por Cristo, corresponde este tema de la fe de los mayores. Ley y fe se contraponen. La primera se apoya en obras, la segunda gravita en Dios. De esta fe de los mayores, destaquemos tres aspectos relacionados con el sacerdocio de Cristo.

3.4.1. La fe, puerta del nuevo Sacerdocio

«Teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe»... (12,1-2).

El escrito a los hebreos propone (11,1ss) una lista inmensa de testigos de la fe del A.T. y lo hace a propósito, ya que su interés es probar que el nuevo sacerdocio que ofrece Cristo tiene fundamento en el Antiguo Testamento. Este fundamento se lo da el tema de la fe. El sacerdocio de Cristo no se apoya en la ley. Su apoyo es la fe, ya que Cristo es «el que inicia y consuma la fe» (12,2), es decir, Jesús está presente en la fe de los ancestros, que inician la carrera de la fe, y consuma esta carrera con su propio sacrificio.

Todos los que, en el A.T., tuvieron fe fueron justificados por una realidad distinta a la de la Ley. La fe es anterior y superior a la Ley: de aquí esa larga lista de testigos de la fe, que mantuvieron la más alta comunicación con Dios, aunque siempre en espera de que su lista fuera consumada y perfeccionada por la persona de Cristo. Todos ellos fueron también sacerdotes, pero con una consagración sacerdotal "póstuma". Es decir, encontraron en Cristo la razón de ser de ese sacerdocio que vivieron inconscientemente, pero que en realidad los santificó y transformó sin intervención de la ley. Siguiéndole las huellas a esta hermosa metáfora, diríamos que la puerta del nuevo sacerdocio estaba abierta desde la vivencia de la fe del A.T., pero que sólo se empieza a ser consciente de él a partir de Cristo. Por eso el texto remata así: «Dios tenía ya dispuesto algo mejor para nosotros (los del N.T.), de modo que no llegaran ellos (los del A.T.) sin nosotros a la perfección» (11,40).

3.4.2. La fe y la contradicción de un "sacerdocio laical"

«La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven. Por ella fueron alabados nuestros mayores»... (11,1).

La fe es la razón de ser de toda comunicación con Dios. Por eso es patrimonio de todos, sin barreras sociales ni sexuales: de hombres y mujeres, de antiguos y recientes, de israelitas y no israelitas, de santos patriarcas y profetas populares... Esta larga lista de personas de fe que termina con la fe de Jesús (12,2), está puesta como prueba de muchas cosas dichas antes: que la fe es mayor que la ley; que el sacerdocio de Cristo se apoya en la fe; que esta fe ya existía en el A.T.; que la fe desborda al sacerdocio que se apoya en la ley; que la comunicación con Dios se puede dar también fuera de la ley; y que, al darse el sacerdocio de Cristo a base de fe y no de ley, él no necesitaba ser sacerdote según la Ley... Esta conclusión ya había sido indicada antes respecto de Jesús: él era un laico, por no ser

de tribu sacerdotal, sino de la tribu de Judá (7,13-14), o simplemente por no haber sido sacerdote (8,4). Por lo mismo, la fe y no la Ley era lo que daba razón de este original modelo de sacerdocio laical.

3.4.3. La fe, la persecución y el sacerdocio

«Corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús... que soportó la cruz sin miedo a la ignominia y está sentado a la diestra del trono de Dios»... (12,1-2).

Tener fe en hebreo se expresa con el verbo *'amán* que significa *apoyarse en otro, confiar...* Esto mismo es lo que el griego quiere expresar con el verbo *pistéuo* que quiere decir *tener firme convicción de algo acerca de otro*. Tener fe, por el hondo significado que quiere expresar, puede decirse de muchas maneras. Aquí (en 12,1-2) se usa un verbo especial (*aphorao*) que quiere decir *mirar fijamente*, como cuando uno pone su confianza en alguien, como cuando se espera respuesta del otro, porque uno sabe que el otro entiende todo lo que le dice la mirada. Una mirada fija está apoyándose en aquel a quien mira. De esta forma se les propone a los cristianos perseguidos que manifiesten su fe en Cristo, mirando tan fijamente al Crucificado que en la mirada se le diga toda la angustia que se siente en la persecución y así se reciba de parte del Crucificado una respuesta convertida en aliento, «para no desfallecer, faltos de ánimo» (12,3).

Fijar la mirada en Cristo es fijarla en el Sumo Sacerdote en el que se convierte Cristo por su resurrección después de su muerte. Por eso se dice de él que «soportó la cruz sin miedo a la ignominia, y está sentado a la diestra de Dios» (12,2). Lo que le permite a Cristo ser el mediador perfecto -ya lo dijimos- es su capacidad de sufrimiento por los hombres («soportar la cruz sin miedo a la ignominia») y su capacidad de cercanía junto al Padre («estar sentado a la diestra de Dios»). Todo esto es un resumen de lo que es la mediación de Cristo, que garantiza la más perfecta comunicación con Dios.

3.5. Lo contrario a la naturaleza angélica es la naturaleza humana y su capacidad de sufrimiento (13,1-25)

Este apartado es el complemento del primer tema tratado en esta parte teológica del escrito a los Hebreos, acerca de la mediación de los ángeles superada por la de Jesús. Según el esquema literario "quiástico" presentado, al primer tema le corresponde el último, en forma de paralelo. Este tema, pues, complementa lo dicho entonces, pero no en forma de paralelismo sinónimo o de paralelismo antitético, sino en forma de paralelismo complementario.

3.5.1. Los dolorosos deberes del sacerdote laico van más allá del culto

«Sea vuestra conducta sin avaricia, contentos con lo que tenéis» (13,5).

La naturaleza humana, contraria a la de los ángeles, está sometida al dolor o sufrimiento. Por eso toda comunicación del hombre con Dios tiene que contar con ella e incorporarla a su espiritualidad. La comunicación con Dios no es una cosa aérea; parte de la imitación de Dios que lo entrega todo: la creación, su Hijo y su Espíritu. El mismo Padre se da a sí mismo como habitante del interior humano (Jn 14,23). El culto verdadero que Dios quiere es este tipo de sacrificio: darse a sí mismo, desprenderse de sí mismo, antes que dar ofrendas distintas de la propia persona. Cuando el ser humano no se da a sí mismo, cae en la avaricia: atrapa cosas para sí. Por eso la exigencia de la espiritualidad que propone el escrito a los Hebreos es la de darse a sí mismo, destruyendo toda tendencia a acaparar: entregarse en la hospitalidad, sin atrapar los dones para sí (13,2); entregarse en la compasión, sin atrapar para sí seguridades y satisfacciones que otros compañeros han perdido, a lo mejor por causa de la fe (13,3); y entregar amor en el matrimonio, sin atrapar sexo para sí en el adulterio (13,4).

Quien está llamado a entregarlo todo puede llegar a la más perfecta comunicación con Dios: Dios se convierte en su protector y en su ayuda (13,5-6). Los deberes, pues, de este sacerdocio laical miran a la vida, más que al culto. Porque el culto más hondo y genuino que se puede dar a Dios es existencial: entregarse a sí mismo, ahí donde el ser humano se realiza como tal. Esta posición la retomará más adelante con esta bella frase: «No os olvidéis de hacer el bien y de ayudaros mutuamente; esos son los sacrificios que agradan a Dios» (13,16).

3.5.2. Un Sacerdocio en la periferia de la marginación y del dolor

«Jesús, para santificar al pueblo con su sangre, padeció fuera de la puerta»... (13,12).

Existe un pueblo permanentemente crucificado por las circunstancias que le toca vivir: lo excluyen o por razones económicas, o por razones políticas, o por razones sociales, o por razones religiosas. Son los destinados a morir antes de tiempo y que suelen estar en un permanente éxodo social, político, económico o religioso. Todos ellos se dan cita en "las afueras" de la gran ciudad (o del "campamento", según el texto original). El escrito a los Hebreos habla magistralmente de tres éxodos: del éxodo de las víctimas que son quemadas fuera (*exo*) del campamento (13,11); del éxodo de Jesús que fue crucificado fuera (*exo*) de la ciudad (13,12); y del éxodo de los cristianos que deben ir a las afueras (*exo*), cargados como Jesús con el oprobio de las víctimas destinadas a la muerte (13,13). El sacerdocio que ejerce Cristo se ofrece en la periferia de la marginación, del sufrimiento y de la muerte. Es aquí, en esta periferia del dolor donde se alcanza la realidad de un sacerdocio destinado a compartir la experiencia de Jesús y de todos los crucificados de la vida, víctimas del poder de turno. Sin duda que éste es un tipo extraño de consagración sacerdotal. Pero es el que se nos propone como cristianos.

3.5.3. Un sacerdocio de obediencia dolorosa y no de poder de gobierno

«Obedeced a vuestros dirigentes y someteos a ellos, pues velan sobre vuestras almas como quienes han de dar cuenta de ellas»... (13,17).

El sacerdocio que ofrece Jesús no es un sacerdocio constituido en poder sobre otros: no es un sacerdocio de gobierno, como el Sumo Sacerdocio israelita. Por eso no es extraño que a los "sacerdotes laicos" cristianos se les pida obediencia para con sus líderes. Aquí se tienen presentes las palabras y la imagen de Jesús que, «aún siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia... y se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen»... (5,9). El sacerdocio que ofrece el escrito a los Hebreos está anclado en Jesús que no quiere ningún tipo de poder, que siendo el Señor y el Maestro, lava los pies de sus discípulos, para que ellos hagan lo mismo (cf. Jn 13,12ss) y que no vino a ser servido sino a servir, y a dar su vida como rescate por muchos (Mc 10,45).

El poder de mandar sólo encuentra remedio en la fuerza de la obediencia, cuando todos los hermanos, en una búsqueda honrada de la voluntad del Padre, deciden hacerle caso a esta voluntad. Aquí mandar no es imponerse sobre otros, sino saber convocar a los hermanos para recordar con ellos el camino del dolor que hay que seguir por servir al pueblo. Y obedecer no es humillación, sino cumplimiento de una alianza pactada por el bautismo o la aceptación del mismo. El escrito a los Hebreos lo percibe así, cuando habla de «pastor de ovejas en virtud de la sangre de una alianza eterna». Por eso, mandar no es imponer a otros cargas, sino llevar con otros la carga de la cruz de Cristo. Aquí desaparece la consagración del poder, para aceptar todos la consagración de la propia entrega.

3.6. Conclusión

3.6.1. Un sacerdocio abierto al cambio

«Las cosas conmovidas se cambiarán, ya que son realidades creadas, a fin de que permanezcan las inconvencibles»... (12,27).

La encarnación, la muerte y la resurrección de Jesús tocaron todas las realidades terrenas, dando una visión nueva de Dios, del Hombre y del Mundo. Todas estas realidades, al ser tocadas, quedaron conmovidas, sacudidas, removidas, fuera de lugar. En el nuevo sacerdocio de Cristo, Dios aparece como Padre de un ajusticiado que quiso ser solidario con los ajusticiados de la tierra... Todos los seres humanos -hombres y mujeres- se revisten de igualdad para celebrar la justicia de Dios... Y el mundo se convierte en un gran templo, en cada uno de cuyos rincones se puede celebrar, porque ahora se celebra ofreciendo la vida por los otros, a semejanza de Cristo. Un sacerdocio de este tipo, mientras se conserve genuino, está abierto a todos los cambios de la historia: no se quedará repitiendo rituales, sino adaptando la vida al amor, a la solidaridad, a la igualdad, a la fraternidad, a cada circunstancia nueva de injusticia. Porque lo inconvencible de Dios está en su amor, su lealtad, su justicia y su entrega.

3.6.2. ¿Y del "sacerdocio clerical" qué?

«Ofrezcamos sin cesar, por medio de él, a Dios un sacrificio de alabanza, es decir el fruto de los labios que celebran su nombre»... (13,15).

El sacrificio único de Cristo debe ser asumido por cada cristiano. Su celebración no es repetición, en el sentido limitado de que toda repetición refleja, en cierta forma, la insuficiencia de lo que se repite. Jesús sólo podía morir una sola vez (9,25-28). La celebración de su muerte para los cristianos no depende de limitación alguna de la víctima, sino de la asimilación o vivencia del mismo por parte de todos los hombres y mujeres. Todos necesitan celebrar la entrega de Cristo, para poder ofrecer su propia vida a semejanza de la de Jesús. Para esta celebración permanente, necesaria para todos los tiempos y personas, se creó un ministerio "clerical", al que deberíamos llamar presbiterado y no "sacerdocio", para no entrar en confusión con el sacerdocio de que habla Hebreos. La tarea de dicho ministerio clerical es la de convocar a la celebración ya indicada. Pero no hay que confundir un sacerdocio con otro. Ordenando las ideas, podríamos decir lo siguiente:

* Jesús es el único sacerdote, por su muerte y resurrección, únicas e irrepetibles en la historia.

* Los cristianos participan de ese sacerdocio por medio del bautismo que reciben, para dar testimonio en su propia vida de la muerte y resurrección de Jesús.

* El sacerdocio que se asume por el bautismo debe ser ejercitado de acuerdo con el bautismo.

* La más perfecta comunicación con Dios y de Dios se obtiene por el camino de Cristo: entrega total. A la entrega del ser humano, el Padre responde con una acción transformante, la cual, mientras viva el ser humano, es un principio de resurrección.

* El sacerdocio bautismal es el fundamento de todos los otros ministerios cristianos, incluido el presbiterado.

* La dignidad de los cristianos -hombres y mujeres- hay que tomarla de su sacerdocio bautismal. No hay mayor dignidad que ésta.

* Los ministerios en la iglesia son, en su ejercicio, vivencias del sacerdocio bautismal y deben tomar de éste lo fundamental: capacidad de entrega.

* Los otros ministerios -incluido el del presbiterado- facilitan la comunicación con Dios, siempre y cuando beban de lo fundamental: entrega y transformación.

* El presbiterado -o sacerdocio clerical- no debe ser tan enaltecido que llegue a confundir a los cristianos frente al valor del sacerdocio bautismal.

* El nombre verdadero del sacerdocio clerical es el de "ministerio presbiteral". Se debería retomar este nombre para evitar confusiones.

* La ritualidad del ministerio presbiteral, lo mismo que de los otros ministerios o servicios, debería estar de acuerdo con lo fundamental -el sacerdocio de Cristo- y reflejarlo: entrega, transformación, sacrificio y comunión.

3.6.3. Desde el Sacerdocio de Cristo es posible renovar nuestras instituciones

Por eso, cuando pensemos en renovar nuestros ministerios oficiales, clericales y laicales, recurramos a su fuente que es el sacerdocio bautismal. Tanto lo clerical como lo laical, deben partir de la unidad: del sacerdocio bautismal. Y en cada uno de ellos debe reflejarse la pluralidad, en riqueza de ofertas de entrega tanto clericales como laicales y en riqueza de ofertas de comunión tanto clericales como laicales; cada campo según su propio modo, según el propio don recibido. Sólo así ambos se complementarían, y no serían, como lo son ahora, un apéndice cada uno del otro. Y, aunque parezca contradictorio, los mayores sacrificios en esta renovación los debe hacer el presbiterado (o mal llamado sacerdocio clerical), pues la historia de la pastoral, de la eclesiología y de la teología lo han recargado tanto que lo han vuelto confuso frente al sacerdocio fundamental, único y universal de Cristo. Una buena renovación del mismo nacería de su confrontación con este sacerdocio bautismal, patrimonio de todo cristiano. Sólo una confrontación sincera nos dejaría ver qué es lo que el uno le ha quitado al otro, qué es lo que el uno debería tomar del otro y qué es lo que ambos deben ejercer para cumplir su respectiva misión y así servir más y mejor al pueblo de Dios.